

Maldición gitana

Norma ROMÁN CALVO

Personajes:

Fernando Alcocer
Una gitana
María

Departamento del escritor Fernando Alcocer. Sala estudio. Las paredes están cubiertas de librerías. Al fondo la puerta de entrada. A la derecha una ventana que está cerrada. A la izquierda otra puerta que da a las habitaciones interiores. Al centro y un poco al frente, un diván. Distribuidos en la sala, una mesa con una antigua máquina de escribir, varias mesillas, sillones y una pequeña mesa con licores que hace las veces de bar. Fernando, en bata y despeinado, teclea apresuradamente sobre la máquina. En una mesilla junto a él, un vaso con refresco y un cenicero lleno de colillas. Luego se detiene, enciende un cigarro, se pone de pie y se pasea inquieto mientras habla.

Nota: los aparte señalados deben resultar algo cómicos. Son una reminiscencia de los apartes del teatro renacentista español, por lo que deben ser marcados siguiendo, a propósito, esa antigua forma.

FERNANDO: (*En aparte, al público.*) No sé cómo me comprometí a entregar esta novela para la semana próxima. ¡Todavía me falta mucho! Ni escribiendo de día y de noche voy a acabar a tiempo. Además, no se me ocurre ninguna situación original. ¡Ah! ¡Ya sé! (*Va a la máquina y escribe mientras dice en voz alta.*) Ricardo tomó en sus brazos a Elisa y preso de lujuria, la recostó violentamente sobre el diván. Elisa, cosa inusitada, respondió a sus caricias. Ricardo se excitó aún más... De pronto, tocan a la puerta. (*Alguien, realmente, toca a la puerta.*) ¿Quién, dijo Ricardo? (*Vuelven a tocar a la puerta con más existencia. Fernando en voz alta y posesionándose del personaje.*) ¿Quiééén...? (*Una voz tras la puerta responde.*)

VOZ EN OFF: Yooo...

FERNANDO: (*Molesto.*) ¡Pinche María! Otra vez se le olvidaron las llaves. (*Va hacia la puerta. La abre. Frente a él está una bella gitana.*)

FERNANDO: ¡Siii?

GITANA: Buen día, guapo. Dame la mano para que te adivine el porvenir, dulzura.

FERNANDO: *(Seco. Intentando cerrar la puerta.)* No, gracias. *(Pero la gitana, tranquilamente y sonriendo se introduce en la habitación.)*

GITANA: ¡José, cuánto libro! Pues a qué te dedicas, salao.

FERNANDO: *(Sarcástico.)* ¿Pues no que adivinas?

GITANA: ¡Claro que he adivinado, si lo decía por joder, hijo! Tú eres escritor ¡y de los buenos! *(Ante el halago, Fernando cede un poco.)*

FERNANDO: *(Complacido.)* Bueno...

GITANA: Jamás lo hubiera creído de María. ¡Vivir con un escritor! ¿Y qué escribes?

FERNANDO: Pues novelas, cuentos, guiones... *(Se detiene de pronto, disgustado al notar que le está contestando a la intrusa.)* Mira, mujer, estoy ocupado y...

Abre más la puerta señalando que salga, pero la gitana, sin notararlo, despreocupadamente entra y toma asiento.

GITANA: ¡Ah!, pues entonces, no te molesto. Por mí, puedes seguir trabajando.

Fernando la mira desconcertado sin atreverse a echarla. No sabe si quedarse de pie o sentarse a escribir.

GITANA: ¿Y María?

FERNANDO: ¡Ah, María! Pues fue a hacerme un mandado.

GITANA: *(Extrañada.)* Oye, lo dices como si fuera tu criada.

FERNANDO: Para mí es eso, justamente.

GITANA: Vaya, me había dicho María que eras guasón, pero no creí que tanto.

Fernando, algo nervioso, toma el vaso y bebe.

GITANA: ¿No piensas ofrecerme una copa? Yo también tengo sed.

Fernando, indignado, está a punto de echarla fuera, pero la desfachatez de la mujer lo detiene.

FERNANDO: ¿Quieres un refresco?

GITANA: ¿Refresco? No, por lo menos un buen brandy. *(Dirigiéndose al bar.)* Pero

mira, tú sigue trabajando, que yo misma me lo sirvo. Beberé, mientras llega María.

(Se sirve. Levanta el vaso y brinda.) ¡Salud! Por el gusto de conocerte. Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

FERNANDO: Fernando.

GITANA: Pues otra vez salud, Fernando, porque seas eternamente feliz con tu María.

(Luego lentamente rodea a Fernando observándolo descaradamente mientras él está a punto de explotar.) ¡Hummm! No tiene mal gusto mi amiga. Hay algo en ti que atrae...

FERNANDO: *(Explotando al fin.)* ¡Con mil demonios! ¿Quiere usted dejarme trabajar?

GITANA: ¡Ay, sí, sí! Perdón. Tú sigue, que yo aquí, calladita, esperaré a María.

FERNANDO: *(Conteniendo apenas su irritación.)* ¿No prefiere esperarla en la cocina?

GITANA: *(Sorprendida.)* Pues francamente, no.

FERNANDO: Pues entonces, ni remedio. Con permiso. *(Se sienta a la máquina y teclea furioso. La gitana, de reojo, lo mira trabajar.)*

FERNANDO: (*En aparte, al público.*) ¡Qué mujer tan impertinente! (*Teclea.*) ¡Igualada! (*Teclea, la ve de reojo.*) ¡Lástima de figura! (*Teclea.*) Porque está algo guapa.

GITANA: (*También al público.*) Tenía razón María. (*Bebe.*) Está bien guapo. (*Bebe.*) Tiene buen gusto María. ¡Lástima que sea tan enojón!

FERNANDO: (*Al público.*) En cuanto llegue María, se me va a la cocina. ¡No faltaba más!

GITANA: (*Al público.*) Espero que en cuanto llegue María, se amanse.

FERNANDO: (*Poniéndose de pie, todavía en aparte.*) ¡A la cocina, claro que a la cocina.

GITANA: ¿Ya terminaste?

FERNANDO: Todavía no, pero me es imposible trabajar con la mirada de usted encima.

GITANA: Bueno, pues a mí me parece que éstas no son horas para trabajar. ¿Qué no piensas arreglarte? ¿Peinarte?

FERNANDO: (*Indignado.*) Mire señorita... señorita... como se llame...

GITANA: (*Tranquila.*) Amalia, para servirte.

FERNANDO: (*A quien la tranquilidad de la gitana lo hace erguirse iracundo.*) ¡Amalia! Pues sépase usted que yo trabajo ¡cuando quiero y puedo! ¡Y me arreglo y me peino cuando se me pega la gana!

GITANA: (*Tranquila.*) ¡Vaya qué modales! No sé cómo te aguantas María.

FERNANDO: Pues ella no es muy refinada que digamos. Está aquí porque le conviene.

Y el día que no le guste... Mire... (*Señala la puerta y truena los dedos.*) ¡Que se largue...! (*La gitana se levanta indignada y se le enfrenta.*)

GITANA: ¡Pe... pero... qué machista! ¡Pobre María!

FERNANDO: ¿Bueno, ya basta! ¡Váyase a la cocina! ¡Allí es donde ella siempre está! ¡Y es donde la recibirá!

GITANA: ¡Ah, majadero! ¡Eso lo hará usted con ella, pero conmigo no! (*Se sienta violentamente en un sillón.*) ¡A mí me reciben en la sala! ¡No faltaba más!

FERNANDO: ¡Dios mío, dame paciencia!

GITANA: Lo que usted hace está muy mal.

FERNANDO: Y lo que usted hace, es una impertinencia. (*Toma la máquina y trata de llevársela a la recámara.*)

GITANA: ¿Qué concepto tiene usted de la mujer, dígame?

FERNANDO: Que mientras más lejos de ellas, mejor.

GITANA: ¿A dónde va usted con ese mamotreto?

FERNANDO: ¡Voy a trabajar a mi recámara!

GITANA: ¿Y por qué escribe usted en una máquina del siglo pasado? ¿No ha oído hablar de las computadoras?

FERNANDO: (*Abrazando amorosamente la máquina.*) Esta máquina era de mi abuelo y me da suerte. (*Reaccionando.*) Ultimadamente, a usted ¿qué le importa?

GITANA: (*Interponiéndose.*) ¿No siente usted ningún cariño por ellas?

FERNANDO: Ninguno. Odio las computadoras.

GITANA: Me refiero a las mujeres. ¿No siente usted ningún cariño por ellas?

FERNANDO: Lo tuve por mi madre, pero afortunadamente ya se murió (*Amenazante.*)
La mujer, para mí, ¡es un total estorbo!

GITANA: ¿Será posible? (*Acercándose más a él.*) ¿Y sus besos...? ¿Y sus caricias...?
¿No cuentan?

FERNANDO: (*Con cierta astucia maliciosa.*) En eso tiene usted razón. Eso sí me gusta de ellas.

GITANA: (*Triunfante.*) ¡Ah, vaya!

Fernando regresa la máquina a la mesa y se dirige a la gitana en actitud lujuriosa.

FERNANDO: ¡Todas! ¡Para gozarlas un rato!

GITANA: (*Retrocediendo alarmada.*) ¿Qué dices...?

FERNANDO: (*Avanzando.*) Y tú te me estás antojando... para gozarte un rato...

GITANA: (*Retrocediendo asustada.*) ¡No se me acerque...!

FERNANDO: (*Al público.*) A ésta le doy su susto y se va corriendo... ¡Qué buena idea he tenido! (*A ella.*) La verdad, es que estás muy buena, mamacita... (*Intenta arrojarla al diván.*)

GITANA: ¿Qué dice...? ¡No se me acerque! (*Al público.*) Dios mío! ¡Éste es un don Juan violador!

Fernando logra arrojarla al diván y se echa encima de ella.

FERNANDO: (*Al público.*) ¡Buen susto que va a llevarse la condenada! (*A ella.*) ¡Se me antoja tu cuerpo! ¡Y tus sensuales labios! ¡Déjame besarte, gitana! (*La besa con un beso largo y semisalvaje.*)

La gitana, por un momento queda inmóvil, azorada.

FERNANDO: ¿No era eso lo que querías?

GITANA: (*Empujándolo y arrojándolo al suelo.*) Suélteme, animal! ¡Está loco! (*Al público.*) ¡Qué va a decir la pobre María! (*A él.*) ¡Piense en María!

FERNANDO: (*Persiguiéndola alrededor del diván.*) ¡Me importa un bledo María! Es a ti a la que quiero. (*La abraza.*)

GITANA: (*Dándole una sonora bofetada.*) ¡Sinvergüenza! No se lo diré a María nada más porque ...

FERNANDO: (*Riendo.*) Por mí, puedes decírselo.

GITANA: Sí, ya veo que no la quieres, infame. Y ella tan enamorada de ti.

FERNANDO: ¿Enamorada de mí ese esperpento? (*Ríe divertido.*)

GITANA: Eres un engreído. Y crees saber mucho, ¿verdad? (*Va hacia la puerta.*) Pero hay algo que no conoces...

FERNANDO: ¿Sí? ¿Qué?

GITANA: El verdadero amor.

FERNANDO: (*Retador.*) ¡Ni ganas de conocerlo!

GITANA: (*A punto de salir.*) Y óyelo bien. En este mundo todo se paga. ¡Ojalá que te enamores de una mujer, tan perdidamente, que en tu pensamiento sólo tengas su imagen; en tus oídos su voz y en tus labios el ansia de sus besos!

La gitana, después de lanzar esa especie de maldición sale. Fernando queda asombrado de su rápida desaparición, pero luego, riendo, va hacia su mesa de trabajo.

FERNANDO: (*Al público.*) Al fin me libré de ella. ¡Vaya susto que le di! (*Se sienta e intenta escribir.*) ¿En qué estábamos? ¡Ah, sí! (*Lee.*) “Ricardo tomó en sus brazos a Elisa y preso de lujuria, la recostó violentamente sobre el diván. Elisa, cosa inusitada, respondió a sus caricias”. (*Al público.*) ¡Qué extraña mujer! ¡Y guapa! (*Se queda como en ensoñación (pausa) (reacciona.)*) ¡Pero totalmente zafada! (*Vuelve a su lectura.*) “Ricardo se excitó aún más... De pronto, tocan a la puerta”. (*Alguien, realmente, toca a la puerta.*) “¿Quién?, dijo Ricardo “(*Vuelven a tocar a la puerta con más existencia. Fernando molesto.*) ¿Otra vez? (*Gritando.*) ¿Quiéeeén...?”

VOZ EN OFF: Yoooo....

FERNANDO: ¡Pinche gitana!

Va hacia la puerta, furioso, y la abre. Ante él aparece María, su criada. Una mujer mayor como de sesenta años.

FERNANDO: (*Azorado.*) ¡María! ¡Es usted!

MARÍA: Perdóneme, señor, olvidé la llave.

FERNANDO: (*Algo disgustado.*) Pase, pase.

MARÍA: (*Entregándole un paquete.*) Aquí está su papel.

FERNANDO: ¡Ah!, sí, gracias. Por cierto, vino su amiga...

MARÍA: ¿Mi amiga? ¿Cuál amiga?

FERNANDO: Su amiga la gitana.

MARÍA: Yo no tengo ninguna amiga gitana, señor.

FERNANDO: ¿Cómo que no? Una de falda ancha y pañuelo en la cabeza.

MARÍA: Yo no me llevo con ninguna gitana. Las gitanas traen mala suerte, señor. (*María sale a la cocina. Fernando se queda asombrado y pensativo.*)

FERNANDO: (*Al público.*) Yo la vi, traía una falda ancha y un pañuelo... y era así de alta... y se movía con desparpajo... y me habló... (*Para sí mismo.*) Una bella gitana de cimbreante cadera y voz armoniosa... Yo la vi... ahí... (*Señala el bar. Se dirige a él como para asirla. Luego reacciona contra la ensoñación.*) ¿Qué estoy diciendo? ¡Fernando, ponte a trabajar y olvida esa tontería! ¡Era una gitana loca! (*Vuelve a tomar su trabajo y relee.*) “Ricardo tomó en sus brazos a Elisa y preso de lujuria, la recostó violentamente sobre el diván. Elisa, cosa inusitada, respondió a sus caricias”. (*Al público.*) Yo sentí que respondió a mis caricias. Yo sentí que respondió a mi beso. Por un momento, claro, pero lo sentí... ¡Era una gitana loca...! (*Otra vez en la ensoñación.*) Una gitana deliciosamente loca... que bebía brandy... Una gitana feminista... que creía en el amor... y que olía a perfume francés... (*Curioso.*) ¡Qué extraño... una gitana feminista que huele a perfume francés... (*Reaccionando, se pone en pie y se pasea por la habitación.*) ¡Fernando, eres un tonto! ¡Olvida cómo olía la gitana y ponte a trabajar. (*Al público.*) No sé cómo me comprometí a entregar esta novela para la semana próxima. ¡Todavía me falta mucho! Ni escribiendo de día y de noche voy a acabar a tiempo. A ver, escribamos: “Ricardo besó a Elisa y sintió sobre sus labios el sabor a fresas recién cortadas...” (*Fernando se pasa los dedos sobre sus labios y murmura.*) Así me supo el beso, a fresas recién cortadas... (*Se levanta presuroso.*) ¡Ah, maldita gitana! ¡Me ha embrujado! (*Al público.*) Pero qué tonto soy. Yo, todo

un escritor de experiencia, ¿voy a dejarme influir por una loca? ¿Cómo fueron sus palabras...? Es decir, su maldición... (*Se oscurece un poco la habitación y entre las sombras aparece la gitana quien dice con voz de ultratumba.*)

GITANA: ¡Ojalá que te enamores de una mujer, tan perdidamente, que en tu pensamiento sólo tengas su imagen, en tus oídos su voz y en tus labios el ansia de sus besos.

FERNANDO: ¡Diablos! ¡Diablos! ¡Diablos! ¡Maldita mujer! ¡Pero esto es obra de María! (*Gritando.*) ¡Maríaaaa! ¡Maríaaaa!

Aparece María asustada.

MARÍA: Dígame señor. ¿Le pasa algo?

FERNANDO: ¡Usted, usted se atrevió a hacerme una broma con su amiga!

MARÍA: ¿Se siente bien, señor? ¿Quiere un te de tila?

FERNANDO: Esa gitana... ¿dónde está? Dígame quién es... ¡Quiero verla de nuevo...!

MARÍA: Ya le dije que yo no conozco a ninguna gitana, señor. ¡A ninguna! (*Va hacia la ventan y la abre.*) Deje que entre el aire. Siempre trabaja tan encerrado. (*Al público.*) Y luego... siempre imaginando sus historias, esas que luego escribe... Para mí que se está volviendo loco.

FERNANDO: (*Algo avergonzado.*) Está bien, María, disculpe. Vaya a sus quehaceres. (*María sale. Fernando queda desconsolado y preocupado mirando a todos los lugares donde estuvo la gitana.*) (*Al público.*) ¿Qué voy a hacer? En mi pensamiento sólo tengo su imagen, en mis oídos su voz y en mis labios el ansia de sus besos. ¡Me lanzó una maldición! ¡Una maldición gitana! ¡Ah, si pudiera verla de nuevo! Pero no sé a dónde buscarla... O ¿la habré imaginado? María dice que no es amiga de ninguna gitana... (*Tocan a la puerta. Fernando, desalentado, ni se da cuenta. María sale de la cocina y va a abrir. No hay nadie.*)

MARÍA: (*Al público.*) Esos muchachos traviosos, siempre tocan y se esconden. (*Yendo más allá de la puerta.*) ¡Muchachos traviosos! ¡Los voy a acusar con su mamá! ¡Ya verán! (*María regresa un poco extrañada.*)

MARÍA: Señor, ahí lo buscan.

FERNANDO: ¿Quién es, María? No estoy para nadie.

MARÍA: Es una señorita.

En el hueco de la puerta aparece la gitana mostrando gran timidez. Lleva el pañuelo en la mano y la cabellera suelta.

FERNANDO: ¡Usted!

La gitana avanza tímida y apesadumbrada.

GITANA: Sí, soy yo, señor. Le suplico que me perdone el que venga otra vez a interrumpirlo. Yo...

FERNANDO: (*Embobado.*) ¡Usted...! ¡De veras es usted...! ¡Existe...!

GITANA: Ha sido un lamentable error. Verá usted. María, pero no esta María, esta María de usted, sino otra María, mi amiga del colegio...

FERNANDO: (*La toma de la mano y la lleva al diván.*) Pero pase... pase...

GITANA: Me había invitado al baile de la generación... ¿Me entiende usted algo?

FERNANDO: (*Arrobado.*) Nada, pero me gustó verla, por favor siga hablando...

GITANA: Nos citamos en su casa... Ella está recién casada... y... y... yo no conocía al esposo... así que...

FERNANDO: Me hizo mucho daño su maldición gitana, ¿sabe?

GITANA: Pero yo no soy gitana. Íbamos a un baile de disfraces.... Entré bromeando...
¡Ay, siento mucho el error! Mi amiga vive en el departamento cinco.

MARÍA: Éste es el cinco.

GITANA: Sí, pero en el edificio de junto. Son tan parecidos... Pensé que usted era su esposo. Fue una terrible confusión.

MARÍA: ¡Y bien grande!

GITANA: Dispéñeme.

MARÍA: Desde luego que la dispensamos... Yo una vez me equivoqué y me metí en... otro departamento...

FERNANDO: María, vaya usted a la cocina, que se le queman los frijoles.

MARÍA: Pero señor, cómo se me van a quemar, si ni siquiera los he puesto...

FERNANDO: (*Con una mirada fulminante.*) ¡Se le queman, María...!

MARÍA: ¡Ah, sí, sí. Ya entendí. Con permisito... (*Sale.*)

GITANA: Fue una terrible confusión, dispéñeme.

FERNANDO: Dispéñeme usted a mí. Después de lo que hice, debe creerme un sátiro.
En realidad sólo lo hice para ahuyentarla.

GITANA: ¡Claro! Estaba usted tan ocupado, y yo... de imprudente... (*Levantándose.*)
Pues entonces... una vez aclarado todo... me voy...

FERNANDO: ¡Ah, no! ¡Usted no puede irse así! (*La gitana lo mira asustada.*) ¿Usted cree que se puede lanzar, así como así, una maldición a un hombre y luego dejarlo sufriendo para siempre?

GITANA: ¿Maldición? Pero yo no le he lanzado nada...

FERNANDO: ¿Le parece poco? Me he enamorado perdidamente de una mujer y no podré ya apartar su imagen de mi mente; su voz de mis oídos y el sabor de sus besos de mis labios. Bueno, el sabor de su beso, porque fue uno, pero fenomenal. ¡Una maldición es una cosa seria, señorita!

GITANA: (*Riendo juguetona.*) Pues... sí.

FERNANDO: Y ya que no soy casado, ni soy el esposo de su amiga me parece que no es justo que esa maldición siga pesando sobre mí.

GITANA: No. No es justo.

FERNANDO: Usted dirá, cómo podemos arreglarlo.

La gitana mira a Fernando larga e intensamente.

GITANA: (*Juguetona.*) Déjeme pensar cómo podría ser...

FERNANDO: ¿Cómo puede quitarme esta terrible ansia de besos que tengo en la boca?
¿Cómo puede quitarme el encantamiento?

GITANA: Lo malo es que el encantamiento me alcanzó también a mí. También tengo ansia de besos.

FERNANDO: ¿Y si nos besáramos para ver si se nos quita el encantamiento?

GITANA: Podríamos probar...

Se abrazan y se besan mientras María los observa desde la cocina.

MARÍA: *(Al público.)* Siempre he pensado que las gitanas traen mala suerte. ¡Ésta ya volvió loco a mi patrón!

Fin de la obra.